

BIBLIOTECA

518

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





DON CLEÓFAS O LA CASA DE HUÉSPEDES.

Comedia en un acto, original de D. Rafael Mayquez, para representarse en Madrid, el año 1861.

PERSONAJES.

- DOÑA ROBUSTIANA.
- ISABEL.
- PACA.
- DON CLEÓFAS.
- CANÉPA.
- DON JACINTO.

Casa decente, con varias puertas practicables á los costados, figurando habitaciones de huéspedes; corredor, parte visible al fondo, que se supone comunica á los mismos; reloj de pared á la vista del espectador. La escena en Madrid; la acción contemporánea.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SALUSTIANA y PACA, la primera sentada con un rosario en la mano; la segunda á su lado de pié, ambas ajustando una cuenta.

ROB. Diez y nueve, veinte, veinte y uno; qué mas?
 PACA. Lechugas, siete.
 ROB. Veinte y ocho.
 PACA. Pan, treinta y tres.
 ROB. Dónde vamos á parar? Muchacha, treinta y tres cuartos de pan? Esto es un despilfarro?
 PACA. Y á mí, qué me dice usted?
 ROB. Economía, hija, por Dios; economía; un ochavo que se ahorra, á el año hacen veinte y dos reales.
 PACA. Bien, señora, bien; pero los huéspedes consumen porque pagan, y pagan porque consumen.
 ROB. Qué huéspedes, don Cleófas y su sobrina; un viejo y una niña.
 PACA. Es que los viejos y los niños comen; precisamente son las dos edades mas á propósito para ello.
 ROB. No tanto, que la Isabelita no es tan niña, diez y ocho años, me parece edad suficiente, y en este siglo del vapor, antes de mucho ya será vieja.
 PACA. Por eso ella no se descuida.
 ROB. Cómo?
 PACA. Chis, tiene un novio!
 ROB. Oiga!
 PACA. Un marqués, que enamorado de sus prendas digo, de su dote, la sigue por todas partes; ya hacia

dos meses que no sabia de él, precisamente el tiempo que estan en casa, cuando ayer le vieron cruzar la calle buscando, buscando, porque los enamorados son como los perros de caza, por la huella... está usted? sacan el hilo, quiero decir, el rastro.

ROB. Y qué le parece eso á su tio don Cleófas?
 PACA. Está que trina, porque lo que él dice, la chica vaya con Dios, una imbécil menos en la familia, pero el dote, eso es otra cosa.

ROB. (afogada.) Yo me casé sin dote, y mi difunto era un triste guarda-almacen en utensilios.

PACA. (afogada.) Y yo, señora, que no tengo sino un vestido de Orleans hace seis meses, y no puedo ahorrar para un meriñaque?...

ROB. Aquellos eran otros tiempos, no se conocia el vapor, las zarzuelas, la electricidad, ni los robos subterráneos.

PACA. Y tenga usted esperanzas; cuando á mi pobre Canépa le han puesto en la calle!

ROB. Quién es ese Canépa?
 PACA. Mi... pues... mi... aquel! Un muchacho... muy guapo, aunque pobre, que se casará conmigo cuando tenga dinero; la fecha me parece será larga...

ROB. Vaya un nombre que tiene tu novio, Canépa! Y qué delito ha cometido?

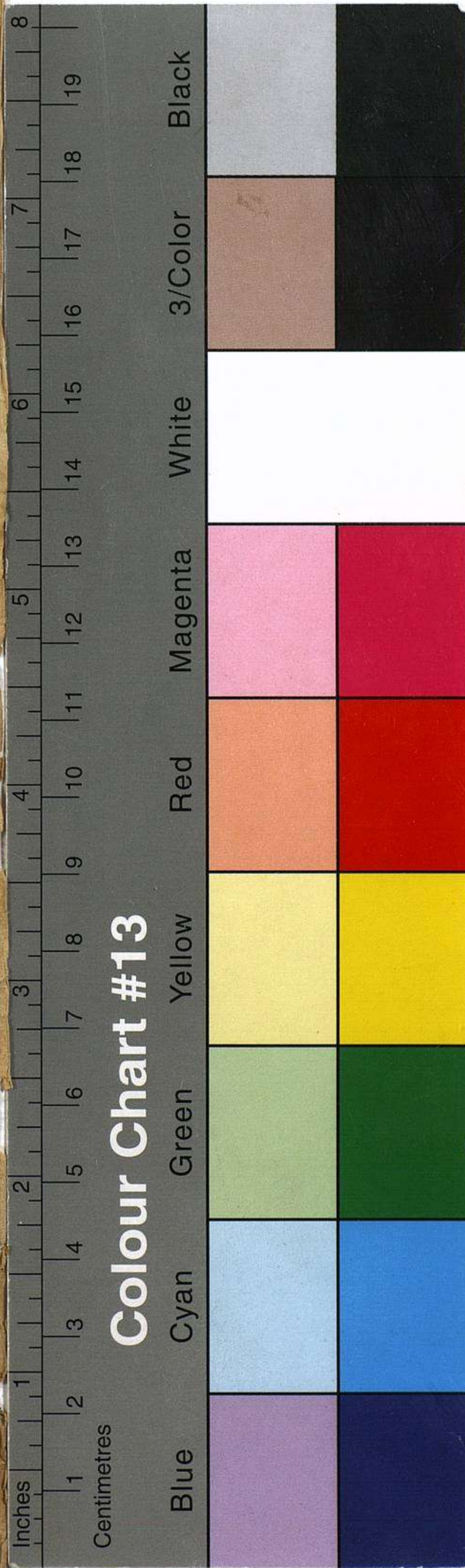
PACA. Nada para el caso, entrarse en las estufas.
 ROB. Qué, es limpia chimeneas?

PACA. No señora, es hortelano; estaba en casa de un señor muy rico que vive cerca de aquí, á la vuelta, mas abajo de ahí enfrente, junto á... no, mas allá...

ROB. Bien, y qué?
 PACA. Pues, el amo, un señor muy bueno y muy cristiano, y eso que es de estos de la Bolsa, le atrapó dentro de las estufas del jardin, comiéndose las piñas, á una fruta muy indigesta, que viene de América, y cuestan mucho... y le despidió.

ROB. Bien hecho; la fidelidad es la primera condicion en todo el que sirve.

PACA. No se comió sino dos; pero como el amo le sorprendió y le dijo... cómo te has comido la otra? tantas veces lo repetia, que el pobre, aturdido, contestó, asi... (la acción con el verso) y se comió la que le quedaba; por eso fué.



Colour Chart #13

ROB. Habrá escarmentado de comer fruta en cerca agena.

PACA. El mal estaba en las estufas; si hubiese sido en los cenadores, no se hallaria desacomodado!

ESCENA II.

Dichos y DON CLEOFAS.

CLEO. Ejém... ejém... buenos dias, doña Robustiana; qué hora tenemos? (mirando al reloj.) Las ocho y media; hay tiempo!

ROB. Felices, señor don Cleofas, pues y su reloj de usted?

CLEO. Está parado desde anoche.

ROB. Algun esfuerzo ó golpe.

CLEO. No señora, como no sea que partí con él una nuez que me dieron en paseo.

ROB. Pues, eso ha sido!

CLEO. (mirando al reloj.) Y diez minutos; cómo no tiene usted mas muestra en casa? Lo que me admira es esta chica, qué puntual! Todos los dias se levanta á una hora.

PACA. Yo tambien tengo mi reloj.

CLEO. Oiga!...

PACA. Me pongo en la ventana de la cocina y miro la cesta de la buñolera que está enfrente; si hay muchos buñuelos, son las siete; si hay pocos, la media; á las ocho, solo quedan dos ó tres.

ROB. (á Paca.) Vamos, qué haces aquí? A tus obligaciones; en poniéndote á charlar, pareces un médico francés.

PACA. Ya me voy, señora, ya me voy! (aparte, y vase.) Ay! mi pobre Canepa!

ESCENA III.

CLEOFAS, ROBUSTIANA.

CLEO. Señora doña Robustiana, ha llegado el último dia, la última hora de mi estancia en esta casa.

ROB. Pues cómo? Há notado mala asistencia? Mal servicio? Es porque ha mayado el gato esta noche?

CLEO. El gato! Un tigre que me persigue, y una yena con abanico que se complacen en mortificarme, y lo lograrán; darán conmigo en el cementerio.

ROB. Pero señor don Cleofas!

CLEO. Sabe usted quién es mi sobrina?

ROB. Una jóven muy guapa, muy fina y muy amable.

CLEO. No, señora, una jóven muy tosca, muy áspera y muy fea.

ROB. Tan aplicada, que está siempre escribiendo.

CLEO. Escribiendo disparates, vulgo novelas modernas.

ROB. Tan prudente, tan callada!

CLEO. Esa es su mayor falta; muger que no habla y perro que no ladra, échalos de casa. Pues mi sobrina quiere casarse; una necedad, á los diez y ocho años que tiene, sin aguardar á cumplir los treinta, que es la edad de la madurez.

ROB. Es usted muy severo!

CLEO. Muy indulgente, dirá usted; pues como decia, el susodicho Tigre, hace un año nos persigue; á mí, á mi sobrina y á su dote; yo huyo, como la gacela del desierto. Este lenguaje es de la niña: á Sevilla; á seis dias me le encuentro en la calle de Génova; puf, á Barcelona; paf, doy de manos á boca con él en la Rambla; plim, á Madrid; á los dos meses, y el descanso ha sido largo, plom; anoche le hallé en el Circo de Price; y no crea usted que mirando á la Kénnebel; nó señora; á las gradas, donde estábamos la

Isabelita y yo; es verdad que en las gradas hay mucho que ver: ahora comprenderá usted por qué me voy hoy mismo, á las diez, en el convoy de Alicante, y no dudo que el domingo oiga misa con nosotros en la colegiata de San Nicolás.

Ya no sé donde vaya, ni á quien diga, que no falta un don Gil que me persiga.

Esto lo decia mi maestro Tirso de Molina, aquel si que era maestro, y no llegó á primer espada ni á enseñar el inglés en quince lecciones.

ESCENA IV.

Dichos, ISABEL con pluma y papel.

ISA. Tio... tio... vaya, está usted ya enfadado?

CLEO. Qué te se ofrece, sobrina?

ISA. Diga usted, Segovia es puerto de mar?

CLEO. Buena pregunta!... No señora.

ISA. Ay! qué lástima!

CLEO. Querias ir á tomar baños?

ISA. No señor, estoy en el capitulo cuarenta y siete, cuando se escapan Alfredo y Ernestina... Lea usted... lea usted... (con timidez.)

CLEO. (leyendo.) Vamos allá, capitulo cuarenta y siete, de como Ernestina y Alfredo se fugaron de Segovia en la goleta alcachofa. (recita.) Sobrina mia, Segovia es capital de partido; tiene diez mil habitantes; silla episcopal; ocho parroquias; casa de moneda; un colegio, y...

ISA. Gracias, gracias... tio, voy á ponerlo todo en mi novela: ocho casas de moneda, una parroquia, ya, ya... yo con mi imaginacion, y usted con su instruccion...

CLEO. Seríamos otra plaga de Faraon; mira, niña, coge á tu Ernestina y á Alfredo, mételes en la goleta alcachofa, y nos los llevaremos á Alicante hoy mismo; anda, anda; avia los baules, que á las diez dejamos la ciudad que domina á entrambos mundos; esto es de Moratin. (á Robustiana)

ISA. Cómo! Dejar á Madrid en el mes de Julio? Cuando se van los tísicos, los cómicos y los marqueses?

CLEO. Esa es la razon porque... (Donde vas, lengua mia!!!)

ISA. Me opongo.

CLEO. No hay gobierno sin oposicion.

ISA. No iré.

CLEO. Te llevaré en mis brazos, como dice tu novela, capitulo no me acuerdo.

ROB. Pero, señor don Cleofas...

CLEO. (á Robustiana.) Señora, usted aquí no tiene voto ni beto; esto se llama paronomasia.

ISA. Ay!... ay!... me pongo mala!...

CLEO. Nunca fuiste buena.

ROB. Yo mediaré, si ustedes me permiten.

ISA. Y sin acabar mi novela!

CLEO. Mata á todos tus personajes ó cásalos.

ESCENA V.

Dichos y CANEPA.

CAN. Malo, malo, el tiempo está tolovero.

CLEO. (á doña Robustiana.) Quién es este hombre? (Todos se le parecen; si será él!)

CAN. Venia, porque... venia... como la chica me dijo!... Calle, no está aquí?

CLEO. (Se turba; él es!)

ROB. A quién busca usted, buen hombre?

CAN. Si soy Canepa! El... vamos... él... aquel de la criada!

ROB. Ya! El de las estufas!... Es el novio de la Paca.

CLEO. (Respiro!)

ROB. Con qué hay treguas, verdad?...

CLEO. (á Robustiana.) Qué he de hacer? Tiene un caracter violento; es capaz de envenenarse con arsénico, ó cigarros de á dos cuartos.

ROB. Vamos, Isabelita, el señor accede á que termine usted su obra en el menos tiempo posible.

ISA. En media hora; no falta más que el barco llegue á Tampico.

CAN. (á Robustiana.) Si ustedes me lo permiten, aguardaré.

CLEO. Asegura usted que es de fiar?

ROB. Si señor.

CLEO. No estaría de más que me llevase el equipaje á la estacion. Eh, buen hombre; quiere ganarse un duro?

CAN. Vaya si quiero.

CLEO. (á Isabel.) Mira, acaba tu historia, ó lo que sea; pero antes de una hora estarás aquí dispuesta á marchar; dále á ese hombre el baul, sombrerera y demas; lo harás, hermosa?

ISA. Y me dejarán tranquila ese tiempo?

CLEO. Por eso lo hago, para que puedas navegar á tu Tampico sin huracanes, chubascos ni trombas; adios, adios, hija de... mi hermano; segun dijo mi cuñada. (vanse Isabel y Canepa.)

ESCENA VI.

CLEOFAS, ROBUSTIANA.

CLEO. Ahora es preciso transigir; pero en llegando á Alicante... (mirando al reloj.) Doña Robustiana, este reloj me parece anda muy lento.

ROB. Con la marcha está usted muy preocupado.

CLEO. Ese hombre me tiene vuelto el juicio; en todas partes creo verle, y si le encuentro... hay un lance.

ROB. Por Dios!

CLEO. Soy terrible; y como he servido en el ejército, estoy tan ducho en el servicio de las armas...

ROB. Creo que no hay motivo para tanto.

CLEO. Con la pistola, á quince pasos, atravieso una tinaja.

ROB. Qué horror!!

CLEO. Todos los que miro se me figuran el enemigo.

ROB. El... el amante del dote de la sobrina?

CLEO. Eso es. Usted misma, usted me parece un hombre vestido de muger!

ROB. No soy tan vieja ni tan fea para...

CLEO. De ningún modo; tiene usted unos modales finos, lo mismo que una prendera ú otra gran señora; pero esta monomanía... Voy á que me dé un poco el aire...

¡Lui, la media! (mirando al reloj, y vase de prisa.)

ESCENA VII.

ROBUSTIANA, sola.

ROB. Qué lástima de señor! Y lo peor es, que se marcha y me quedo sin gente; sabe Dios hasta cuando! Todos los dias viendo caras nuevas! Tendré que poner papeles al balcon, un cartelito á la puerta, anuncios en el diario; se admiten huéspedes, y no es casa de huéspedes... Adelante, caballero.

ESCENA VIII.

DON JACINTO y DOÑA ROBUSTIANA.

JAC. Es usted la señora, el ama de la casa?

ROB. Servidora.

JAC. (la acción con el verso.) Tendrá usted habitación para mí?

ROB. Una, dos, tres, cuatro, porque hoy mismo se vá una familia que ocupa el interior; vea usted, la primera tiene tres piezas; cortinas, llamador, timbre; estan todas muy decentes, con su papel de á dos reales la vara, obra del casero; la segunda algo mas reducida; pero tiene la cama con mosquitero; la otra...

JAC. Bien... basta; me quedo con ellas.

ROB.Cuál quiere usted, la mas grande, ó la que tiene perrera?

JAC. Todas.

ROB. Todas las habitaciones! Tendrá usted mucha familia?

JAC. No hemos hablado del precio; (la acción con el verso.) tome usted entretanto.

ROB. Un billete de mil reales!... La fortuna se viene hoy á mi casa! Qué pocos huéspedes hay como usted! Voy á hacer que arreglen, y...

JAC. Nada, nada; así está bien; lo que deseo, es quedarme solo.

ROB. Así será; aunque como ha venido usted tan súbito, no he sacado algunas prendas de vestir que tengo ahí; prendas, que dejan en prendas los que no pagan.

JAC. Luego; mañana.

ROB. Bien, le dejo á usted solo; le advierto que las habitaciones se comunican entre sí, y dan á ese corredor por donde usted ha entrado.

JAC. Corriente, he dicho que quiero estar solo.

ROB. Ya me voy .. ya me voy... (Qué deseo de estar solo! Si será el marqués?... Pero quiá, marqués y pagar adelantado!... No puede ser.)

ESCENA IX.

JACINTO, solo.

JAC. Ya estoy en su misma casa; ahora, qué he de hacer? Si pudiera escribirla?... Anoche me vió, no me quedá duda, y tambien el Neron de su tio; debe estar prevenido; meditemos.

ESCENA X.

CANEPA y JACINTO.

CAN. (con lo que dice el verso.) Baul, sombrerera, maleta, espadas, pistolas; vaya un carguio!

JAC. Quién es?

CAN. Nadie, como quien dice. Pero qué veo? Mi capitán! El marqués de Zarza-amable...

JAC. Canepa!

CAN. El mismo, que nadie me conocería.

JAC. Tú? Mi antiguo asistente, el soldado mas listo de la compañía, transformado en ganapan?

CAN. El oficio no hace al oficial; todas las profesiones son honrosas, cuando dan para vivir.

JAC. Así lo creo, aunque tienen sus escepciones... Pero, dónde vas con ese equipage?

CAN. Al ferró-carril; este equipage es propiedad de un don Cleofas Picutriles y de su sobrina; una jóven sabida, que en vez de tirar de la aguja, tira de la literatura.

JAC. Don Cleófas se marcha? No puede ser... Estás seguro?

CAN. En el tren de las diez y media.

JAC. Canepa, es preciso que no se vayan; estás?

CAN. Pues que se queden.

JAC. Inventa un recurso, un arbitrio de los tuyos; lo exijo, lo pagaré.

CAN. Conque un arbitrio para que no puedan marcharse?... Pues romperles una pierna.

JAC. Siempre has tenido ingenio; te acuerdas en Cataluña?...

CAN. Ya! En las montañas? No le faltó á usted ni una noche que cenar; qué travesuras hacíamos!

JAC. (sacando una cartera.) Ves esta cartera? Tres mil reales en billetes; es tuya, si el tío y la sobrina no se van de esta casa.

CAN. Déjeme usted discurrir... Tres mil reales para mí!... Un agricultor... soberbio puesto de melones podía establecer en la plazuela de Oriente, á la puerta del Conservatorio.

JAC. Según veo, tienes confidencias en la casa?

CAN. Seguro; la criada Paca, una muchacha lista, juiciosa, que en tres años que lleva sirviendo á doña Robustiana, no ha roto un librito, ni puesto los pies en la Camelia.

JAC. Si me ayudas y logro mi objeto, que es evitar la marcha del tío y la sobrina, te caso con Paca, y te hago mi ayuda de cámara.

CAN. Pues manos á la obra; Paca, matrimonio, tres mil reales, un empleo!... Basta; déjeme usted solo, y vuélvase despues que pase la hora de la salida del tren.

JAC. He alquilado estas habitaciones; puedes hacer uso de ellas si convienen al objeto. (vase.)

ESCENA XI.

CANEPA solo.

CAN. Y vaya si convienen; como que van á ser el campo de batalla; no, el almacén; el depósito de estos cachibaches; (saliendo y entrando. La acción con el verso.) Adentro, no queda rastro ni señal. Magnífico! Comunicación interior! Prendas de vestir colgadas en perchas, aguardando que sus dueños quieran sacarlas del grave empeño en que se hallan con doña Robustiana!... Discurre, Canepa; discurre... ya llega el tío!... Firmes.

ESCENA XII.

CANEPA y DON CLEOFAS, de camino, sombrero y zapato blanco, cartera de viaje, etc.

CLEO. (mirando á el reloj) Las... este reloj parece de plomo! Verdad es que mi impaciencia... Calle!... ya estás de vuelta?

CAN. (fingiendo estar bebido.) Que si dá la vuelta? Arrevuelva usted lo que guste.

CLEO. Me parece que éste no ha bebido agua!... Se entregó aquello?... Mi equipaje?... Le han dado á usted la... cómo se llama? El recibo?

CAN. Buen hombre... usted es un poco indispuerto; pues qué, soy yo el casero?

CLEO. Cuánto va que ha hecho algun disparate?

CAN. Si no presto dinero á nadie, ni me he casado, cómo he de hacer dispartes?

CLEO. (con enfado.) Acabemos; qué ha sido de los trastos que le mandé llevar á el ferro-carril?

CAN. Qué fuero que trae el hombre!... Parece un alcalde de los demás del otro despotismo.

CLEO. Si tuviera á mano un garrote!!

CAN. Que le traigan á usted una carabina Minué y un revolverse.

CLEO. (Pero qué he de hacer, si está en este estado? Vamos por buenas.) Qué ha sido de mi equipaje?

CAN. La mochila... y el saco de noche con los bastones?...

CLEO. Pues... así... eso es; que debió usted dejar en la estación.

CAN. Ja... ja... ja!... Ya, para que se los llevase la loca-mentora del carro-cerril? (buscando.) Pues voy corriendo allá... Dónde están? pis... vis... vus... vis... aquí los dejé.

CLEO. Luego se fué usted sin ellos!...

CAN. Cabal; un momento que salí á tomar un vaso de refresco.

CLEO. (Qué no hubiera sido ácido prúsico!...)

CAN. Ayúdeme usted á buscarlos!

CLEO. (mirando al reloj.) Y falta media hora!...

CAN. No, pues en el techo no estarán; conque es escusado que mire usted tan alto.

CLEO. Hombre ébrio... como dijo Aquiles á Agamemnon; qué has hecho de mis prendas?

CAN. No caigo!

CLEO. (con énfasis.) (Si cayeras desde el Chimborazo!)

Ves á la estación, y de mi parte, es decir, de mi orden, que suspendan la marcha de los trenes.

CAN. De parte de quién?...

CLEO. De don Cleófas Picutriles, caballero veinte y cuatro de Jerez; de asiento en idem.

CAN. Echa! Veinte y cuatro asientos! Pues como no sea en el Prado, me parece que no habrá sillas.

CLEO. Vuela, y has suspender la marcha loco-motriz, y... te perdono, como dice Ruygiero en la Conjuración de Venecia.

CAN. (vase esquivando la vista de Cleófas, con dirección á la que se supone comunicacion interior.) Pues, señor, voy allá en menos que canta un mudo; conque, que suspendan la marcha del loco-actriz, que lo manda don Cofas veinte y cuatro, que se sientan, y el que ruge en Venecia.

ESCENA XIII.

CLEOFAS solo.

CLEO. Anda con mil santos; y puede que no le hagan caso, porque esta gente de Madrid, no le consideran á uno ni le respetan... Estoy por darme un pistoletazo.

ESCENA XIV.

Dicho y ROBUSTIANA.

ROB. Qué sucede, señor don Cleófas? Qué sucede?

CLEO. Nada, señora, nada; friolera, un extravío, un robo doméstico.

ROB. Pues, qué pasa?

CLEO. No es pasa, es una almendra que no puedo digerir; su recomendado de usted... el aquel, como dice, el de su criada, me ha estraviado mi equipaje.

ROB. Está usted seguro?

CLEO. En esta casa creo que no lo estoy mucho; pues si señora, el tal Canepa es mas bebedor que un cochero inglés; mire usted, no me admira un jugador, porque ya sé que no puede ser caballero; un libertino, porque las mugeres son la vida y la muerte de la humanidad; pero un borracho! Vamos, Noé estaba loco cuando no se dejó en el area las cepas y los mosquitos.

ROB. Del mal el menos; así no nos dejará usted.

CLEO. Me marcharé lo mismo que estoy; he pasado la mayor parte de mi vida viajando, y este será el décimo sexto robo; ya estoy acostumbrado.

ROB. Yo me informaré, y mañana le aseguro...

CLEO. Mañana!... Señora, quiere usted dejarme en paz?

ROB. Ya me voy... (Qué terquedad! Este hombre debe de ser riojano ó aragonés.) (vase.)

ESCENA XV.

CLEOFAS, despues CANEPA.

CLEO. Segun he oido allá dentro, han venido nuevos huéspedes; será probable que al llegar sus equipages, viendo el mio aqui, lo hayan recogido; preguntaremos: (llamando á la primera puerta.) caballero... vecino...

CAN. (con dos pequeñas redomas en la mano, ridiculo; casaca, casquete y pantuflas.) Quién? Ah!... Caballero.

CLEO. Muy señor mio, he sabido su venida, y quiero ofrecerme al mismo tiempo, desearia...

CAN. Ya lo aguardaba; no hace media hora que he llegado, y la fama publica mi nombre por las calles y plazas; no se puede ser hombre grande.

CLEO. Así es; por eso los actuales son tan pequeños; pues señor, despues de los cumplidos generales, he llamado á su puerta, á ver si por casualidad...

CAN. (dejando una de las redomas.) Casualidad! La casualidad es la amiga inseparable de la imbecilidad;

CLEO. Pues dé usted mis afectos á su amiga. Le decia si acaso los mozos...

CAN. Los mozos! La juventud! Qué porvenir mas oscuro se presenta á la sociedad!

CLEO. Yo decia los mozos de cuerda.

CAN. Pues ahora me acuerdo, nombrando á la cuerda, que no le he ofrecido á usted un prospecto; vea usted: *Ha llegado á esta Corte don Sujismundo Salvador de Nañirre: químico, fotógrafo, analítico de S. M. el emperador de Siam.*

CLEO. Puedo permitirme una vez siquiera interrumpirle? Mi objeto es... saber si...

CAN. (oliendo la redoma.) Ola! me parece que están las sustancias en efervescencia; pase usted á este lado, porque me temo una explosion.

CLEO. Pues la sustancia no es apetitosa.

CAN. Me ha sorprendido usted analizando una libra de pólvora de algodón; y como usted sabe que la atraccion eléctrica, con el calorico y la luz, por la distancia de la capacidad de los cuerpos, hace que las materias inflamables lo sean por sí...

CLEO. No sería mejor que los esperimentos los hiciese usted en el paseo de Recoletos?

CAN. Oh!... la costumbre... y no me cabe duda, algun ácido crómico, algun gas nitroso... (acercándosele á la nariz de Cleofas) véalo usted, véalo usted; antes de seis minutos estalla.

CLEO. (retirándose bruscamente.) Quiere usted que estalle en mis narices?

CAN. (siguiéndole.) Debe ser ácido de tres bases, ó alcali, ó sal metálica.

CLEO. (cojiendo la otra redoma.) Si no se marcha usted con tres vases, y cuatro luegos, le rompo el bautismo.

CAN. Desgraciado! Mi redoma de víboras, la salud de los nerviosos!

CLEO. (soltándola y mirándose la ropa.) Zape, este hombre es una calamidad! Váyase usted, váyase usted.

CAN. Ya te conozco, enemigo de mi gloria; químico advenedizo; yo te quitaré la máscara, y pondré en los periódicos un largo comunicado, para que nadie lo lea. (éntrase.)

ESCENA XVI.

CLEOFAS, despues PACA.

CLEO. Uf! para cuando son los bandos de policia? Cómo consienten en la villa á estos destructores de la tranquilidad, de la salubridad y de la habitacionabilidad pública?

PACA. (llorando.) Válgame Dios! He... he... he... Cómo me voy ahora á el pueblo?...

CLEO. Qué te sucede, muchacha?

PACA. Que me han despedido por usted... Maldito sea el que tiene la culpa...

CLEO. Por mí? Si no me quejo nunca, y eso que nos dá el chocolate ahumado todos los dias!

PACA. Ha ido usted á decir á el ama, que mi novio es un borracho; pues, porque le hayan visto un dia algo calamocano! Y los señores se atiforran de vino de chanfaina, y nadie los mormura.

CLEO. (inquieta.) Quieres mirar si me corre algo por la espalda? Si encuentras alguna... no hay duda, vé por las tenazas.

PACA. Pues qué, está usted echando chispas?

CLEO. Te ha picado alguna vez una vívora?

PACA. A mí no me ha picado nadie.

CLEO. Y te vas ahora al pueblo?

PACA. Si está en la posada el tio Alegre, el ordinario...

CLEO. El tio Alegre! Será un corsario de buen humor y campechano.

PACA. No señor, que es muy regañon, y mas... setenta reales me lleva por media caballeria...

CLEO. Ola! Las caballerias se dan tambien por cuartos como las gallinas?

PACA. Mire usted, media caballeria, es decir que vamos dos en una mula.

CLEO. Pues no será cómodo el viaje.

PACA. Quiá? Cuando vine á Madrid, era mi compañero un señor ingeniero que volvia de Sigüenza, de arreglar el facistol de la catedral, porque los ingenieros como tienen ingenio, sirven para todo; y me traia tan apretujada y tan... porque no me cayese...

CLEO. Ya! Pues mira, esta vez no te llevarán en media caballeria, porque te quedas en Madrid.

PACA. Señor don Cleofas, Dios se lo pagará á usted.

CLEO. Yo rogaré ó exigiré á tu señora, que te deje en casa, y sabes que soy muy tozudo.

PACA. Soy agradecida, y le respondo á usted de mi novio.

CLEO. Mira, no me gustan las criadas respondonas; lo mejor es que te vayas adentro.

PACA. Y me he criado en buenos pañales!

CLEO. Bien... lo creo.

PACA. Mi padre es organista y me enseñó música.

CLEO. Oiga!...

PACA. Yo llevaba el compás, y tiraba del fuelle.

CLEO. Pues mira, ves á tirar del fuelle de la cocina.

PACA. Como usted mande; bien dicen que á mal genio, buen corazon. (vase.)

ESCENA XVII.

CLEOFAS solo; despues CANEPA.

CLEO. (llamando á la segunda puerta.) Vamos, ver si el otro huésped es mas amable y menos habla

ador; vecino, vecino, compañero de habitación, tiene usted la bondad de ver si hay ciertos efectos de mi pertenencia, entre los que componen la suya? (De muger extranjera, pañolon, papalina, vestido análogo.)

CAN. Que son haite vous, Monsieur?

CLEO. Vamos, el huésped es hembra; señora, yo quisiera ver si fuese dable, y usted me lo permite...

CAN. Vous aver ma permission pour toas ce que vous voudrez.

CLEO. Ah! Mi nueva consócia, es del país del papel continuo.

CAN. Mais mon époux il n'est pas á la maison.

CLEO. Dice que esto no es meson.

CAN. Autrement... mais je suis mariée.

CLEO. (A mí, que seas María ni Pepa, qué se me dá? Pues señor, es preciso decirlo en su idioma; de algo me servirá haber estado en Bayona tres días.

CAN. Si vous avec la complaisance de ma donner quelque explication?

CLEO. Madamé, muá busqué un cofré, y otros friolerés, que son en votre apartament.

CAN. Ah! Monsieur, pardón.

CLEO. No me llamo pardón, me llamo Cleofas.

CAN. Ha! je comprend, vous cherchez quelque piece de votre mobilier.

CLEO. Eso es, buí, buí.

CAN. Je n'e sais rien, mais je vous prie de parler doucement, doucement.

CLEO. Dulcemente! Si creerá que soy repostero!

CAN. Parce que le malade il ia un graine de folié.

CLEO. Ya he comprendú, hay un enfermé.

CAN. Un fou, comprenez? Fou, fou.

CLEO. Fú, fú, fú... será familia de gatos.

CAN. Mal á la tête, emportement! (Uevándose la mano á la cabeza con violencia.)

CLEO. Zape, un loco!

CAN. Attendé c'est mon enfant qui pleure.

CLEO. Que plora el loco? Déjele bú que plore!

CAN. Non c'est ma petite fille, ma petite Oslendá.

CLEO. Ya, la petita filla.

CAN. Je vais lá donner ateter (atende ma fille, je vais lá, que ás tú, ma paubre, que ás tú.) (entrarse y cierra.)

ESCENA XVIII.

CLEOFAS, luego ISABEL.

CLEO. Pues señor... familia escogida; una matrona, un loco, un químico incendiario, con su escolta de vivoras, una petite fille... van á destruir la casa de doña Robustiana.

ISA. Tio, tio, ya se acabó, ya han llegado á Tampico, en el desenlace he estado muy feliz.

CLEO. Y yo muy desdichado.

ISA. Verá usted, verá usted: (leyendo.) Los primeros rayos de un sol de los trópicos, reflejándose en las cerúleas y espumosas ondas del inconstante y proceloso mar, cuyas inquietas aguas besan en la quilla de la veloz alcachofa...

CLEO. Basta, hija, basta; sabes que acabamos de almorzar, y se me va á indigestar la alcachofa.

ISA. No le gusta á usted nada de lo que compongo.

CLEO. Al contrario, deseo que compongas mucho; hace días que tienes sin componer las bocas-mangas de mi gaban.

ISA. Y á quién le parece á usted que dedique mi obra?

CLEO. A quien gustes; á un príncipe extranjero, á un general, á un título célebre, aunque solo lo sea en

poner banderillas. Pero vístele de viaje, que nos vamos... y sin equipaje.

ISA. Conque es preciso?

CLEO. Ahora más que nunca; ha llegado á esta casa una legion de diablos.

ISA. Imposible!

CLEO. Mira, no te sientes; camina de puntillas; puede haber algun reptil venenoso en esta sala, y si sientes una esplosion, encomiéndate á Santa Bárbara.

ISA. Ay! Tio, está usted malo? Déme usted el pulso; míreme usted fijo, fijo; siente usted vértigos?

CLEO. Lo que siento es no estar fuera de aquí; anda pronto, abiate; ponte la mantéleta y la capota de viaje; aquella que parece un calesín.

ISA. Voy corriendo. (Si habrá perdido el juicio?) (vase.)

ESCENA XIX.

CLEOFAS y CANEPA. (En esta escena el movimiento domina al verso; debe haber pausas correspondientes.)

CLEO. Adios, casa de huéspedes; mansion intranquila,

donde se vive sin brasero en invierno, y sin agua fresca en el verano; balcones salientes á una calle-

juela lóbrega, donde lo que no alcanzan los ojos, lo perciben las narices; tipo de la casa de pupilos en

Madrid, adios... Quién es este hombre? (Abriendo de pronto la tercera puerta; por la que asoma

solo medio cuerpo, sale descompuesto, ojeroso, el cabello desarreglado, su continente, en fin, es el de un loco rematado.)

CAN. Quién eres?

CLEO. Ni yo mismo lo sé: (Estéles el loco.)

CAN. Déme su ilustrísima á besar la mano.

CLEO. (Ya me ha hecho arzobispo.)

CAN. Yo soy aquel desdichado Arturo, encerrado hace cincuenta años en esta oscura cárcel.

CLEO. Echale años?

CAN. Tened piedad de mi juventud; condóleos de este pobre anciano.

CLEO. Amigo mio, que usted siga bien; me alegraré... tengo que hacer.

CAN. No oyes el rumor de los atabales, ni escuchas los clarines? Tirirí... tirirí... tirirí...

CLEO. Vá á salir el toro?

CAN. (la accion con el verso.) Elena, Elena, el último abrazo,

CLEO. Ay! Qué me ahoga!

CAN. Dónde estás? Tú la tienes? Devuélvemela, devuélvemela.

CLEO. El qué?

CAN. Generoso animal! Caballo mio, ven... ven; ayúdame á pasar las aguas de ese torrente impetuoso.

CLEO. Pues no me ha trasformado en cuadrupedo?

CAN. No escuchas la música? Ya empieza el baile... conmigo, tú solo y yo solo... ahora... así... laira illi... laira illi... (la accion con el verso.)

ESCENA XX.

Dichos y DON JACINTO. Suenan diez campanadas en el reloj.

JAC. Ha pasado la hora y estoy impaciente por ver el resultado de mi estratagemá.

CLEO. Don Jacinto! El marqués!

CAN. (en tono natural y arreglándose el traje.) Y su asistente Canepa, que han conseguido impedir su marcha de usted.

CLEO. Es una intriga... una traicion!...

JAC. Que usted me perdonará, al saber la formalidad de mis intenciones.

CLEO. Casarse con mi sobrina? De ningun modo.

JAC. Debo advertir á usted, que la amo solo por su carácter, por su belleza, y que mientras usted viva, renuncio á su dote.

CLEO. Señor marqués de Zarza-amable, sobrino mio, no le habia conocido. (*abrazándole.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ISABEL de viaje, ridicula, gorro grande, manteleta, etc.

ISA. Ya estoy corriente, querido tio: (*reparando en Jacinto.*) ay! el señor que me sigue á todas partes?

CLEO. (*á Isabel.*) Suspendemos la marcha para celebrar tu matrimonio; ya eres marquesa.

CAN. Y á mí? Me perdonará usted el mal rato que le he dado?

CLEO. Difícil será; quién habia de pensar que un hotelano fuera tan travieso.

CAN. Como anda todo al revés, es mas fácil hallar travesura cuando no se busca, que donde debiera haberla.

JAC. Canepa, lo prometido es deuda.

CAN. Ya entiendo, voy á llevar la noticia á mi Paca... pero antes

Pues es ya cosa aceptada,
quisiera, sin pretension,
sino vuestra aprobacion
al menos una palmada.

FIN.

MADRID, 1861.

IMP. DE D. V. DE LALAMA, A CARGO DE PASCUAL CONESA.

Plaza de la Cebada, núm. 66.

o la casa de los señores
que me habia conocido.
Cano. Señor marqués de...
Lec. Que usted me perdona...
de sus intenciones.
Cano. Cansado con mi...
Lec. Hecho advertir a usted...
factor, por su belleza...
anuncio a su dote.
Cano. Señor marqués de...
no le habia conocido.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. Ismael de noche...
Lec. Ya estoy contento...
en la noche, así el señor...
Cano. (A Ismael) Suspiramos...
Lec. Y a mí? Me perdona...
de dote.

FIN
MADRID, 1801
Lec. D. Y de la mano...
Plaza de la Cebada, núm. 60

